

y me concedió el permiso, después de despachar los asuntos del acuerdo.

Al otro día cuando volví á Palacio y me le presenté, el capitán Pierron que se paseaba en la pieza que me servía de despacho, me dijo al verme entrar:

— Mire Ud lo que dejé sobre su mesa, y que me pidió el Emperador para Ud.

Me acerqué á mi escritorio y encontré un pequeño paquete que contenía veinticinco napoleones de oro.

CAPÍTULO XV

Nuevo viaje á Cuernavaca. — El conde de Kevenhüller. — Supuestos amores del Emperador. — Bautizo de un hijo del mariscal Bazaine. — Acuerdo con la Emperatriz. — Viaje á las grutas de Cacahuamilpa. — La verdad sobre los amores imperiales.

Tan luego como pasaron los tres meses de luto riguroso en la corte por la muerte del padre de la Emperatriz, el Emperador decidió que volviéramos á Cuernavaca, habiéndose esta vez resuelto á acompañarlo la Emperatriz Carlota.

La comitiva de la Emperatriz estaba formada por sus damas de honor la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela, la Sra. Doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio marquesa del Apartado, el intendente de la lista civil y ministro de relaciones Don Martín Castillo, el chambelán Don Felipe N. del Barrio, y una numerosa servidumbre.

La comitiva del Emperador, la formaban los Sres. Coronel Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
A. J. DE 1925

profesor Billimeck, el indispensable Venisch, yo, el camarista de confianza Antonio Grill, la servidumbre y una escolta de húsares austriacos al mando del conde de Kevenhüller.

Era el conde de Kevenhüller, un guapo mozo de veinticinco años, recién llegado al país, y desde los primeros días de su llegada, llamó la atención por su elegancia, su distinción y su varonil apostura. En muy pocos días fué el héroe de varios lances amorosos, de varios duelos y de otros acontecimientos ruidosos que demostraban su alma aficionada á todo género de aventuras.

Hijo primogénito del príncipe de Kevenhüller, perteneciente á la más antigua nobleza húngara, y á una familia inmensamente rica, derrochaba el dinero con ese desdén que los aristócratas viejos del viejo mundo ponían en el siglo XVIII, para todos sus actos.

Vive aun el que en aquella época se llamó conde de Kevenhüller y que en la actualidad es príncipe del mismo título por la muerte de su padre y hace pocos años estuvo en México, como recordarán algunos de mis lectores.

Entre los demás oficiales de húsares, recuerdo al barón de Kulmer y al de Malbourg, jóvenes alegres como Kevenhüller que lo acompañaban por doquiera; pero que eran también muy estrictos en el cumplimiento de sus deberes militares.

Viajando como viajaba yo, siempre al lado del Soberano, pronto intimité con todos ellos y asistía con frecuencia á sus veladas, en las que el juego, el vino y el amor hacían olvidar la angustiosa situación política del

Imperio, y en esas veladas ninguno de nosotros creíamos lejano el lúgubre fin del gobierno imperial.

Los continuados viajes á Cuernavaca, esa hermosa ciudad, que dista sólo unas veinte leguas de la capital, hicieron que el camino antes intransitable, quedara convertido en una carretera muy segura y fácil de seguir por toda clase de viajeros. El regimiento del coronel Lamadrid, de la guardia municipal, tenía fuertes destacamentos en todo lo largo del camino. Igualmente, varias patrullas de caballería, recorrían lo más espeso del bosque de Huitzilac, que de una guarida de bandoleros, habíase convertido en un vastísimo parque, tan seguro, como el centro de la ciudad de México.

En la época á que vengo refiriéndome, Maximiliano pasaba por lo general quince días en Cuernavaca y quince días en Chapultepec; así es que ya se comprenderá la importancia que adquirió la actual capital del Estado de Morelos. Ciertamente que en la época imperial, no tenía gran cosa de notable dicha ciudad en lo que se relaciona á edificios públicos, sino era la casa de Borda, restaurada, para servir de mansión imperial y un viejo caserón que según rezan las tradiciones, fué habitado por el conquistador Cortés. Pero lo hermoso de esa ciudad, son sus pintorescos alrededores y las ricas haciendas de caña de azúcar que abundan en sus cercanías.

Esta frecuencia de los viajes á Cuernavaca, hizo que corriera el rumor que Maximiliano mantenía relaciones ilícitas en esa ciudad, con una joven de diecisiete años,

hija de un empleado del gobierno. Aumentaron los dices al ver con qué frecuencia iba también la Emperatriz á pasarse semanas enteras en la citada localidad, diciendo algunas gentes que Carlota estaba celosa y otras que deseaba saber la verdad de los rumores que circulaban respecto á los amores de su esposo, rumores que según parece habían llegado hasta sus oídos.

Pasados los primeros meses del luto de la corte por el rey Leopoldo, volvió á prescribirse para los trajes el ceremonial que regía en la tierra caliente y que consistía en que todo el mundo, desde el Soberano hasta el último criado, usasen trajes blancos. Solamente la Emperatriz seguía portando traje negro y nada más cuando el calor era excesivo, llevaba elegante falda y corpiño blancos adornados con cintas negras que hacían realzar notablemente su distinguida belleza.

Á las comidas asistían la Emperatriz y todo el elemento femenino que la rodeaba; con frecuencia había convidados, siendo muy asiduo el conde de Kevenhüller. Entre los invitados había alcaldes de las poblaciones vecinas á Cuernavaca á los que se invitaba algunas veces.

En la mesa, el Emperador no dejaba de dar, como buen conocedor, su opinión respecto á las bellezas del lugar y como era á la vez un gran observador del corazón humano, embromaba delicadamente á los jóvenes comensales que suponía cortejaban á algunas de las guapas pobladoras de Cuernavaca. El blanco principal de sus bromas era el ministro Don Martín Castillo, re-

cientemente viudo y de apuesta figura. Se decía que Castillo, cortejaba á la joven que se mencionaba como querida del Emperador, y éste la citaba con frecuencia, diciendo que sería un espléndido partido para el ministro.

Castillo negaba su afición á la joven y con su acostumbrada finura decía que sus visitas á la casa sólo eran por la amistad que profesaba al padre de ella, de quien era amigo.

Excuso decir que en las conversaciones de sobremesa, ninguno de los comensales se atrevía á hacer la más mínima alusión á las habladurías que de boca en boca corrían respecto al Emperador. Á nadie se le escapaba sin embargo, que miraba con ojos de deseo á tales ó cuales damas de las más hermosas de la corte y cuando se hablaba con toda discreción de asuntos galantes, la Emperatriz sonreía con cierta tristeza que todos observábamos. Generalmente todas las mañanas á las siete, salíamos á caballo, á visitar alguna de las haciendas cercanas, y en estos paseos matinales, con frecuencia nos acompañaba la Emperatriz. También por la tarde galopábamos un poco; pero Carlota no era aficionada á los paseos vespertinos. Una de las visitas que más gratos recuerdos dejaron en nosotros, fué la que hicimos á la hacienda de Temisco, propiedad de la Sra. del Barrio, donde esa distinguida dama hizo los honores á la comitiva imperial.

En los primeros días de mayo, regresamos á México, primeramente porque la presencia de Maximiliano se

hacía ya necesarísima en México, pues sus relaciones con el mariscal Bazaine eran cada día más tirantes; enseguida porque el calor comenzaba ya á ser bastante molesto en Cuernavaca.

Si bien en la mente de todos estaba que pronto surgiría un rompimiento entre Maximiliano y Bazaine, en apariencia las relaciones eran muy cordiales, pues habiendo dado á luz por aquellos días, la mariscal á su primogénito, Sus Majestades manifestaron el deseo de llevarlo á las fuentes bautismales y el bautizo se verificó con toda pompa en la capilla del Palacio imperial.

Deseando el Emperador dedicar mayor tiempo á los importantes asuntos cuya solución urgía, dispuso que diariamente se reuniera el consejo de ministros y con mucha frecuencia el de Estado y que la Emperatriz acordara los asuntos del día. Para ese objeto Carlota designó que pasara yo á sus habitaciones por las noches á las ocho. Á esa hora yo me dirigía á su salón de despacho y daba lectura á mis documentos.

Atentamente y paseándose á lo largo de la pieza, S. M. seguía la lectura de mis papeles, en algunos me dictaba sólo su parecer; en otros daba sus órdenes terminantes, poniendo al calce su inicial y su firma. Como todos los asuntos se trataban con el debido determinamiento, este acuerdo duraba hasta las diez ú once de la noche, hora en que yo me retiraba á mis habitaciones.

Durante veinte días se hizo este acuerdo en la forma

citada, al cabo de ese tiempo, volvió el Emperador á hacerse cargo de todo; ya entonces habitábamos nuevamente el alcázar de Chapultepec, porque desde nuestro regreso de Cuernavaca, no quiso Maximiliano vivir en el Palacio imperial.

El acuerdo nocturno con la Emperatriz, no me evitaba la madrugada, pues teniendo que darme siempre el Emperador algunas órdenes, era las cuatro de la mañana la hora que escogía para transmitirme las.

Calmados un poco los ánimos, con las decisiones tomadas por el consejo de ministros y por el de Estado, quiso Maximiliano volver unos días á Cuernavaca y esperar allí á la Emperatriz que deseaba visitar las maravillosas grutas de Cacahuamilpa.

Con la comitiva de costumbre Carlota se dirigió á la hacienda de San Gabriel, donde se le hizo una suntuosa recepción. De allí, siguió el trayecto á caballo, pues como su imperial parienta la Emperatriz Isabel de Austria, era una experta y arrogante amazona.

Llegados á la entrada de la gruta, echaron pie á tierra, todos cuantos formaban la comitiva imperial y precedidos por algunos soldados de la escolta que iluminaban el camino con antorchas, penetraron al primero de los salones de esas grutas que son de lo más maravilloso que existe en América. No me detendré á hacer la descripción de ellas, pues abundan los folletos en que existen detalladas y minuciosas de cada salón. Efectivamente, las estalactitas y las estalagmitas, unas albeantes como nieve y otras transparentes como hilos

de cristal, hacen de esas cavernas un sitio de los más bellos que entre muchos otros conserva el vasto territorio mexicano.

Las luces de Bengala necesarias constantemente para iluminar la eterna y profunda obscuridad de las cavernas, las músicas militares que acompañaban á la comitiva, el sinnúmero de personajes de pintorescos trajes, y por último la muchedumbre de indígenas que aprovechando la visita de la Emperatriz á la gruta, las visitaban también; todo hacía que aquella mañana, las cavernas de Cacahuamilpa tuvieran todo el aspecto de algunas de esas grutas encantadas de que se habla en *Las Mil y Una Noches*. Su Majestad teniendo en cuenta los numerosos peligros que abundan al penetrar á esas cavernas, no llegó hasta el último salón, que si mal no recuerdo se denomina de los órganos, por tener las estalactitas que lo componen la forma exacta de los tubos de órganos en los templos; sino que se detuvo en uno, donde aun pueden los viajeros leer una inscripción que les recuerda el paso de la Emperatriz por ese lugar.

Al día siguiente, cuando refirió con la gracia y el entusiasmo que la caracterizaban su excursión á Cacahuamilpa, el Emperador manifestó el profundo sentimiento que lo embargaba, al no haberla podido acompañar.

Dijo Maximiliano, que pronto se presentaría la oportunidad de hacer una nueva visita á las grutas y que entonces no perdería él esa oportunidad; pero desgra-

ciadamente no volvió á presentarse nunca, pues el horizonte seguía ennegreciéndose cada día más y más, y á la época de fiestas y excursiones, debía seguirse muy en breve, la de luchas y penalidades.

Como nuestros continuos viajes á Cuernavaca seguían dando pasto á las murmuraciones respecto á las hablillas de los amores de Maximiliano, tenía yo verdadera curiosidad por saber qué había de cierto en ello. Sin embargo de que durante el día, eran muy pocos los instantes que estaba separado del soberano, nunca pude sospechar nada que las confirmara. Desde las primeras horas de la mañana, me encontraba cerca de él para el acuerdo, enseguida salíamos á caballo, venía luego el almuerzo, después el trabajo de nueva cuenta; por la tarde la comida y otro paseo á caballo y hasta las ocho de la noche, recibía yo sus últimas órdenes para retirarme. Después el silencio más profundo reinaba en toda la residencia imperial. Si la Emperatriz se encontraba en Cuernavaca, como ésta se acostaba á las diez de la noche, entreteniéndose con alguna de sus damas de honor en leer ó en alguna labor de mano, hasta esa hora podía observarse luz en su cuarto; si estaba en México, desde las ocho de la noche, cesaba en la mansión imperial todo ruido y todo movimiento.

Un año más tarde después del sitio de Querétaro, muerto ya el Emperador y fuera yo de mi prisión con permiso del General Escobedo para dirigirme á México, al pedir mi pasaporte y salir del país, me encontré en

la ciudad al fiel camarista de Su Majestad, Antonio Grill y al cocinero húngaro José Tudos, que vivían en un hotel y no se atrevían á venir á México, porque tenían muy justificados temores de que los millares de bandidos que infestaban el país y robaban y mataban en los caminos, los asaltasen y les quitasen la vida.

Efectivamente, todas las comarcas cercanas á Querétaro y á México estaban llenas de desertores y de fugitivos, á quienes nada ni nadie impedía robar y matar impunemente, para tener qué comer. De manera que aquellos dos infelices criados no sabían qué partido tomar, deseando uno de ellos venir á México por su mujer á quien había dejado en la capital del Imperio y de la que no tenía noticia alguna, y el otro para ver cómo arreglaba su vuelta á Europa.

Ambos habían presenciado el fusilamiento de Maximiliano, ambos habían empapado sus pañuelos en la sangre de aquel príncipe que murió con tanto valor y deseaban cuanto antes volver á Viena y llevar á la madre del soberano esas piadosísimas y dolorosas reliquias.

Como el cadáver del Emperador fuera recogido por los médicos del partido liberal para ser embalsamado, aquellos fieles servidores de Su Majestad alejéronse temerosos y se encerraron en el Hotel.

Yo también buscaba cómo dirigirme á México cuanto antes, y dejar para siempre ese odioso Querétaro, tumba del efímero Imperio mexicano.

En vista de las muchas dificultades que ofrecía em-

presa tan arriesgada, y como ya comenzaban á dirigirse á la capital, algunas fuerzas liberales que precedieron en su entrada á Querétaro al Presidente Juárez, inicié á mis compañeros de infortunio la idea de que nos incorporásemos á dichas fuerzas, y pasando por rancheros ó proveedores no teníamos el peligro de ser asaltados por los bandidos que pululaban por aquellas regiones.

Así lo hicimos, y habiendo obtenido caballos, de personas que simpatizaban con nuestra desgracia, salimos de Querétaro rumbo á México tras del primer batallón liberal que se puso en marcha.

Durante el camino, nuestra conversación recaía siempre sobre los tristes acontecimientos del pasado y especialmente sobre la personalidad íntima del Emperador. A este respecto, hablábamos con frecuencia del alejamiento que existía entre las dos Majestades, aun cuando ante los ojos de todo el mundo parecía reinar entre ellos la mejor armonía. Comunicé á Grill la observación que repetidas veces había yo hecho, relativa á la separación de lechos, y entonces Grill, que desde Miramar había visto de cerca á los soberanos, me refirió que allí todavía se les veía enamorados y siempre juntos; pero que después, en un viaje á Viena, pasó algo que vino á echar para siempre por tierra aquella unión conyugal. Desde entonces, eran ante el mundo los mismos esposos amantes y cariñosos; pero en la intimidad no existía ya tal cariño ni tal confianza, y desde entonces también Grill pudo observar su separación.

Como yo lo había imaginado desde un principio, una infidelidad del Emperador había llegado á oídos de la Emperatriz y ésta, herida en su altiva alma de soberana y de mujer hermosa, sin buscar naturalmente el escándalo, se propuso observar para con su marido la regla de conducta que durante todo el tiempo observó en México. Esto era muy fácil suponerlo así; pero el Emperador, que se encontraba en la plenitud de la edad, y en pleno vigor viril, dada su alta posición social y política, su notable belleza varonil, sus exquisitas maneras, su talento natural, su temperamento soñador y su alma de artista, ¿era posible creer ni por un momento que hubiera vivido en absoluta castidad, durante su permanencia en México, donde había fascinado sólo con su presencia á tantas mujeres hermosas y distinguidas?

— Yo, agregué, nunca pude observar la más mínima señal de que tuviera alguna aventura amorosa; ¿y Ud Grill? pregunté al camarista.

— Usted nunca ha podido observar nada, me contestó; pero yo sí he visto mucho, la recámara del Emperador ha sido visitada muchas veces por damas elegantísimas de la corte, que han entrado á ella con todo misterio y que han salido también tan misteriosamente que sólo yo las ví sin saber muchas veces quiénes eran. ¡Cuántas de ellas sin embargo, á quienes nadie hubiera creído capaces de un desliz, han accedido á los deseos de Su Majestad!

Le pregunté con mi natural curiosidad los nombres

de algunas de ellas; pero Grill se resistió á decírmelos y jamás los he sabido.

— Está bien, repliqué, en México era relativamente fácil guardar el misterio, pues cualquiera de las damas á que Ud se refiere, pudo muy bien esperar la hora del pastor en la puerta secreta del baluarte, ¿pero en Chapultepec? ¿en Cuernavaca?

Á lo que Grill me contestó.

— En Cuernavaca, si bien el cuerpo de guardia se encontraba en el primer patio, y no hubiera dejado de observarse la entrada ó salida de una mujer ¿no vió Ud nunca en el muro del jardín, una puertecita muy estrecha por la que apenas cabía una persona? pues bien esa puertecita que siempre se encontraba cerrada, podría hacer á Ud muchas y muy curiosas revelaciones respecto á las personas que por ella pasaban. En cuanto á Chapultepec sí puedo asegurar á Ud, que allí jamás penetró una mujer á las habitaciones de Su Majestad.